

Actualidad de San Benito en la Iglesia

Mons. Antonio Quarracino
Secretario General del CELAM

Más de una vez leí o escuché que los Santos no pasan de moda. Si con ello se quisiera entender que lo esencial de la santidad —es decir la vida y el ejercicio permanente y en grado heroico de las virtudes cristianas, ante todo y fundamentalmente de las denominadas teologales— permanece, ninguna razón habría para rechazar aquella afirmación. Pero si, además de eso, se entiende significar los modos y maneras de vivir esas virtudes en la historia, hay que relativizar esa afirmación porque precisamente la historia, usos, modos y costumbres de las épocas cambian. Y es en ese mutable mundo histórico donde se vive —se debe vivir— la santidad.

Es posible hacer otra advertencia a esa frase. La palabra “moda” puede estar refiriéndose a la devoción de los fieles. Entonces ya la afirmación comienza a tener cierta dosis de tontería si se quiere comparar a las figuras de los Santos con las de cantores, artistas o marcas de perfume; pero no es del todo descaminada si se pretende decir que ciertos Santos gozan de una simpatía de parte de los fieles durante tiempos determinados. Esto es verdad, como también lo es que enormes figuras del Santoral de la Iglesia no llegaron a gozar la popularidad, o la tuvieron solamente en ciertos grupos del pueblo de Dios.

Este es un tema digno de estudio en ese vasto y atrayente mundo de la religiosidad popular y de la psicología religiosa. ¡Cuántas preguntas se pueden formular sobre la atracción de determinados Santos! ¡Y qué acopio de explicaciones de las más interesantes!

Estoy seguro que este año será copiosa la literatura sobre Benito de Nursia, y hasta una parte de ella brotará de plumas no católicas; y quizás más de un agnóstico reflexionará y escribirá sobre el Santo.

Entonces me pregunto si el Patrono de Europa y Patriarca de Occidente es actual, y no puedo dejar de reconocer que lo es. Me interrogo si es popular, y mi contestación sería diversificada, no única y taxativa. No me atrevería a afirmar decididamente sí, o definitivamente no.

Pero si es actual, ¿es también moderno, un santo de los tiempos actuales? Y mi respuesta es concluyente. Sí. ¿A mil quinientos años de distancia? ¿Un monje clausurado en su Monasterio? ¿Un hombre de quien solamente se conocen breves y reducidas noticias que nos han transmitido más el fervor apasionado de un hijo de su familia religiosa que el sentido crítico de un historiador, el gran Papa San Gregorio Magno, unos cuarenta años después de la muerte de San Benito en la segunda parte de sus *Diálogos*? ¿Un fundador que no dejó sermones ni estudios sobre temas espirituales, sino solamente la *Regla* de vida para sus monjes?

Y acabo de citar, precisamente, aquello que, en su brevedad y sencillez pero también en su hondura, hace de San Benito un Santo de hoy, como lo constituyó en un reformador, en el padre de una familia innumerable y en una figura señera e insoslayable de la historia de Occidente, aspectos estos últimos ciertamente indiscutibles. Pero se me ha pedido que me refiera a San Benito, actual en la Iglesia.

Convengamos anticipadamente en que eso de la "actualidad en la Iglesia" es también de una gran amplitud porque se puede considerar desde diversos puntos de vista. Pero quiero señalar por qué afirmo que Benito es un Santo moderno y luego algunos de los motivos según los cuales lo veo como "hombre de la Iglesia actual"; y muy eminente, sin duda alguna.

I

1. Nuestro mundo —no sé si en definitiva es para bien o para mal— privilegia las vivencias, las experiencias, lo vital. En la Iglesia acontece lo mismo. Esto, como todas las cosas, si se mantiene en un sano equilibrio, nada tiene de objetable. Pero puede llegar a excesos, y de hecho así ha sucedido.

Un ejemplo podría constituirlo el auge que no hace muchos años, tuvo el existencialismo; otro puede ser el considerable descenso que ha tenido la reflexión filosófica y el auge arrollador, por otra parte, de los "medios masivos". Presento como tercer ejemplo, y éste dentro del pensamiento teológico, la neta separación que se quiso establecer entre la "ortodoxia" y la "ortopraxis", con una valoración de ésta y consiguiente disminución de aquella. Por otra parte, nadie pone en duda la importancia que se asigna a lo social, a lo comunitario.

Por ahí va una línea de la modernidad de Benito, Su Regla —escrita hacia el final de su vida— no es el resultado de un estudioso ni una elaboración mental abstracta, no es un "producto de escritorio". Es como la condensación de su experiencia personal, de toda la riqueza práctica que fue adquiriendo. Todo ello estructurado además dentro de un equilibrio propio del genio romano y una sensibilidad meridional mensurada por la austeridad y energía que distinguían, según escritores antiguos, a la gente de su zona nativa Nursia.

"La Regla no tiene otro fin que formar cristianos perfectos según el camino de perfección enseñado por Cristo: la práctica de los mandamientos y consejos evangélicos". Y él entiende que esta perfección es más accesible y segura en un monasterio que en la soledad.

Benito no se va en abstracciones; concretamente entiende y quiere organizar una "escuela del servicio del Señor". No es que tenga en menos o menosprecio la vida anacoreta o ermitaña. La aprecia y la había vivido en las grutas de Subiaco. Estaba al tanto de cuantos estuvieron y estaban entregados a ella, sobre todo en Oriente y Egipto, pero se decidió por lo comunitario, por lo "social" diríamos hoy; porque un monasterio, y más añadiéndole el voto de estabilidad, es en definitiva y según su naturaleza, una sociedad.

2. Destaco otro punto de su modernidad: la importancia y el valor que le da al trabajo. Por un lado hay quienes hoy hacen de él una valoración idolátrica; por otro, no es ninguna novedad ya pensar y exponer una teología del trabajo. Creo no errar si afirmo que en la concepción de Benito el trabajo tiene valor como medio de perfeccionamiento personal y como disciplina también social (cada monasterio debía sostenerse por sí mismo) y por consiguiente está ordenado al bien común del monasterio. ¿Quién no recuerda que es suyo el lema "ora et labora"? ¿Sería atrevido afirmar que en buena parte esta conjunción es la raíz del equilibrio que rezuma la Regla y por consiguiente la vida benedictina?

Pero adviértase que con esa conjunción acontece a veces algo muy lejano a la mente benedictina. Y es que muchos hacen empalidecer el primer término enalteciendo hasta groseramente al segundo. Así la actividad, la "praxis" diríamos hoy, el dominio sobre la naturaleza, predominan sobre la contemplación, la oración, la alabanza... (Será Calvino el que siglos más adelante dirá que el trabajo es oración. Esto puede ser bien entendido y solamente realizable cuando antes se valora y ubica a la oración como tal, como oración). Nadie más activo que un Santo; nadie más "hombre de oración" que él.

Es claro que Benito se refería al trabajo manual y ante todo al trabajo rural; no podía ser de otra manera. Además, frente a la decadencia y posterior caída del Imperio con todas sus secuelas, frente también a la nueva presencia de los pueblos bárbaros junto a la necesidad de la propia subsistencia de los monasterios, había que educar a aquella gente en el trabajo productivo y enseñarles a vivir. Al fundar su Monasterio y organizar por la Regla "el fortísimo linaje de los cenobitas" (RB 1), Benito echa las bases de ello. (Me atrevería a decir de paso que siempre la vida empieza o germina en la naturaleza, no en los libros o en el arte; estos vienen más tarde. Los hijos de San Benito harán después con sus copisterías el traslado de la cultura antigua a la época medieval —luminosa por tantos aspectos— y las bellezas de los miniaturistas, y el esplendor de la arquitectura, y los diversos campos de la labor intelectual).

"La ociosidad, señala San Benito, es la enemiga del alma; por consiguiente deben ocuparse en ciertos momentos en el trabajo manual y en otras horas fijas en la lectura divina". Y añade con un realismo propio suyo: "Que todo se haga con moderación a causa de los débiles" (RB 48).

San Benito señala el trabajo y la actividad intelectual no sólo desde una óptica de perfeccionamiento personal (la ociosidad es como una especie de corrosivo de la persona humana), sino también desde un ángulo llamésmolo social, porque el monasterio es como un pueblo o gran familia cuyo bien común exige que no haya parásitos, aprovechadores del esfuerzo de los demás. Esta orientación o directriz que Benito dejó estampada en su Regla respecto al trabajo, también está en la raíz de lo que fueron luego los monasterios: focos de la civilización y de la cultura de Occidente.

3. La oración del Oficio divino, lo que más tarde se denominará "Breviario" y actualmente "Liturgia de las Horas", para Benito consti-

tuye lo esencial. “Nada se anteponga a la Obra de Dios”; así, “Obra de Dios —*Opus Dei*— designaba el rezo y canto de los salmos del Oficio divino. El monasterio, *Domus Deis*, es también la casa del culto de Dios, del *Opus Dei*. Y después de regular minuciosamente el rezo del Oficio, termina diciendo hermosamente: “*Sic stemus ad psallendum ut mens nostra concordet voci nostrae*”: estemos en la recitación de los salmos de manera tal que nuestra mente concuerde con nuestros labios.

Una antigua y bella imagen de la Iglesia nos la presenta como una joven con los brazos en alto; se ha visto en ella la representación de la *Ecclesia orans*, de la Iglesia orante. La oración es como la actitud religiosa natural de la persona humana. La adoración y la alabanza, la glorificación y la acción de gracias son —deberían ser— como la respiración rítmica del ser humano. Lo religioso no se reduce a la oración ni la oración agota lo religioso; pero esto no puede existir sin aquella. La Iglesia, realidad religiosa, es por definición orante, y su oración es lo que llamamos oración litúrgica. Es la oración de la Iglesia como tal, como Iglesia. Esta oración litúrgica es el corazón de la vida benedictina. Ya dijimos que para San Benito es la actividad, la tarea, la obra por excelencia; es la “obra de Dios”, según sus propias palabras. No es la finalidad del monasterio y de los monjes, pero sí su ocupación o tarea principal.

Pero esa oración no arrasa con la privada. A ella se refiere el Santo cuando dice que Dios nos escucha “no por el mucho hablar sino por la pureza del corazón y la compunción de lágrimas. Así la plegaria debe ser breve y pura, a menos que, bajo una especial inspiración de la gracia, se la quiera prolongar” (RB 20). Siglos más tarde dirá el Kempis, nada amigo tampoco del exceso de palabras: “Las palabras sublimes no hacen santo ni justo al hombre; la vida virtuosa es lo que hace ser amado de Dios. Más deseo sentir la contrición que saber su definición. Si supieras de memoria toda la Biblia y los dichos de todos los filósofos ¿de qué te serviría sin la caridad y la gracia de Dios?” (Libro I, Cap. 1). “Si no puedes elevarte a la contemplación de las cosas altas y celestiales, descansa en la Pasión de Cristo y vive con gusto en sus sagradas llagas” (Libro II, Cap. 1-4). Aparte de que la oración tiene su ubicación en cualquier confesión religiosa, veo la actualidad de Benito no sólo porque subraya un elemento religioso esencial de siempre, de ayer, hoy y mañana, no sólo tampoco porque encaja a la perfección con la llamada “renovación litúrgica” de este siglo y del Vaticano II, sino también porque ésta nuestra modernidad borracha de técnica necesita un “suplemento de alma”, porque este mundo de máquinas y computadoras necesita un perfume que las oreo, porque esta sequedad de cemento y hierro precisa agua vivificante. Alma, perfume, agua de vida necesita este mundo de hoy. Y también eso es la oración.

Me pregunto si en nuestro tiempo, de una u otra manera, no experimenta mucha gente esta urgencia de oración. (Hasta de esa necesidad de muchos —digámoslo entre paréntesis— hay quienes hacen su agosto o la orientan por caminos torcidos y hasta disparatados...).

Y hay algo más: esa fuerza y gravedad con que Benito señala el rezo de la Oración salmódica, lo ubica en la línea de la liturgia de

manera casi típica. Sus hijos harán de ella, de la liturgia, en sus diversos aspectos, algo así como su signo distintivo, su especialización preferida. Así, para poner un solo ejemplo, del nombre de un benedictino Papa, San Gregorio Magno, que reforma y pone en orden entre otras cosas en el Canto Litúrgico, toma su nombre la música oficial de la Iglesia: el canto Gregoriano. (Hoy —permítanme otro paréntesis— un Papa nos dice, dando el ejemplo, que cantar crea la comunión; gran verdad, con tal que el canto sea canto y su música sea música. Hace unos años Julián Marías se refería a la música “ratonil” que penetró en nuestros templos. Sin duda ha de venir un nuevo Gregorio Magno, si ya no lo es este Juan Pablo, que expurgará tanta música inaceptable, como San Pío X lo hizo en los primeros años de este siglo).

II

Hombre de Iglesia. Esta sufría horrores en esos años; para varias de sus grandes figuras ese final del Imperio de alguna manera arrastraba a la Iglesia en su caída. Algunos escribían lamentos, pero otros se consagraron a evangelizar esas nuevas razas y vieron que había que hacer penetrar el Evangelio en lo que hoy llamaríamos “cultura emergente”.

Más adelante, en un momento histórico también muy difícil para la Iglesia, en los comienzos del siglo XIII, Francisco de Asís, orando ante el Cristo Crucificado de la Iglesia de San Damián, oír una voz que le dice: “Francisco ¿no ves cómo se va destruyendo mi Casa? Ve, pues, y trata de repararla”. Y cuando el Papa Inocencio III no quiere aprobar la Regla, sin duda por su excesiva severidad, en sueños el Papa vio a aquel fraile que salvaba de la ruina la basílica de San Juan de Letrán, que estaba a punto de derrumbarse. Señales o símbolos expresivos de la gran tarea renovadora de Francisco y su Orden en la Iglesia de su tiempo. Recordemos de paso que fue un abad benedictino, el de Monte Subasio quien regaló a Francisco una diminuta Iglesia, la de Santa María de la Porciúncula, también llamada Santa María de los Angeles, que se constituyó en uno de los puntos más destacados de la historia franciscana. Parecería que a través de los siglos, el Patriarca de los monjes de Occidente, hubiese sido el primero en dar un techo y un altar a quien iba a hacer revivir los consejos evangélicos —los mismos de siempre— de manera nueva.

Recuerdo todo esto para subrayar que el caso de Benito fue distinto. Hasta parecería en un primer momento un tanto paradójico. El Patriarca de Montecasino construye un monasterio y escribe la Regla; nada más, pero nada menos. Después vendrá una germinación de monasterios que cubrirá Europa, de los que saldrán misioneros, Obispos, Papas. Pero él quiso organizar una casa, el monasterio y no una agrupación, una familia y no una Congregación u Orden Religiosa. La veneración de su persona y la escondida fuerza de su Regla hicieron que fuesen muchos los que adoptaran su estilo de vida y se acogieran a su nombre y ejemplar patrocinio.

Dicho esto, deseo destacar que hay dos imágenes o categorías que en estos años de manera especial se aplican a la Iglesia. No deja de

llamar la atención que Benito configure sus monasterios según esas imágenes de hoy. La primera imagen es de vieja tradición bíblica: *la Iglesia, Pueblo de Dios*.

Sabemos que el Concilio marcó con fuerte relieve esta imagen de la Iglesia. Aunque hacía varios años numerosos teólogos venían trabajando el concepto, en el Documento de Base —llamémoslo así— para estudiar el tema de la Iglesia, no figuraba. La Constitución Conciliar *Lumen Gentium*, en cambio, comienza con la presentación de la Iglesia como Misterio y de inmediato como Pueblo de Dios. “Fue la voluntad de Dios santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente” (LG 9). Ese pueblo fue en un comienzo el pueblo de Israel, con quien estableció su alianza y lo hizo guardián de sus promesas. Pueblo elegido, figura del posterior, único y definitivo Pueblo de Dios, la Iglesia de la Nueva Alianza, la Iglesia del Señor Resucitado.

Análogamente, el monasterio es un pueblo, un pueblo religioso. Allí se congrega el que quiere seguir el camino del Señor, sin diferencias de ninguna clase, así como por otra parte llegan al monasterio, por distintos motivos, gente de toda condición. Allí hay una autoridad, el Abad, “que hace las veces de Cristo en el monasterio” que debe saber combinar “tiempos y circunstancias, el rigor con la dulzura, la severidad del maestro y el piadoso afecto del Padre” (RB 2). En el monasterio, dijimos, se trabaja y se subsiste por el trabajo de todos. Lo particular se integra en lo común y lo individual en la Comunidad. Así, la figura del anacoreta se transforma en la del monje. Por supuesto que se trata de un “pueblo” religioso, porque ante todo su finalidad es de naturaleza religiosa: “escuela del servicio divino, en cuya institución no esperamos ordenar nada duro y penoso”, dice San Benito; y además porque en cierto modo lo central es de esa naturaleza; me refiero al Oficio divino, a la alabanza divina, a la oración y contemplación.

Hay un párrafo del Documento de Puebla, referido a la Iglesia, que enlaza dos ideas paulinas y que a mi parecer vienen a cuento. “Esta multitud de hermanos que Cristo ha reunido en la Iglesia, no constituye una realidad monolítica. Viven su unidad desde la diversidad que el espíritu ha regalado a cada uno entendida como un aporte que contribuye a la riqueza de la totalidad” (244).

De manera semejante el monasterio benedictino, en el espíritu de la Regla de San Benito, no mutila personalidades sino que trata de que se desarrollen en el servicio de Dios en orden, paz y equilibrio como es el ideal conforme al cual debieran crecer y desarrollarse en un pueblo las instituciones, las formas y estructuras sociales, y sobre todo las personas que lo integran.

Otra figura muy empalmada con la anterior es la de la Iglesia, *Familia de Dios*. “La Iglesia, dice Puebla, no es el lugar donde los hombres se ‘sienten’ sino donde se ‘hacen’ —real, profunda, ontológicamente— ‘Familia de Dios’. Se convierten verdaderamente en hijos del Padre en Jesucristo quien les participa su vida por el poder de su Espíritu, mediante el Bautismo” (240). De esta filiación en Cristo “nace la

fraternidad cristiana" (241).

Hay todo un hálito de vida familiar que recorre la Regla entera de San Benito. Desde los rasgos de la figura paternal del Abad, pasando por toda una serie de delicados detalles, como el que "se debe cuidar de los enfermos ante todo y sobre todo" (RB 36), o como aquel otro de no obligar a los ancianos y niños "al rigor de la Regla por lo que atañe a los alimentos", y así tantos más, hasta la serie de recomendaciones —hasta de finezas, diría yo—, que hay que tener en cuenta para recibir y atender a los huéspedes, a quienes hay que recibir "como al mismo Cristo". Nos golpea la fuerte impresión de que un monasterio benedictino es, a imagen de la Iglesia, una comunión de hermanos en Jesucristo, una verdadera familia de Dios, como la Iglesia misma.

"El fuego, dice también el Documento poblano, que vivifica la Familia de Dios (está hablando de la Iglesia) es el Espíritu Santo. El suscita la comunión de fe, esperanza y caridad que constituye como su alma invisible, su dimensión más profunda, raíz del compartir cristiano a otros niveles" (243). Pues bien, el sentido de Dios tan agudo en la espiritualidad benedictina y toda esa rica vida interior que se abreva en la "lectura divina" y en la oración litúrgica, son posibles y se ahondan por el dinamismo del Espíritu de Dios que actúa cuando no se le ponen obstáculos. (A estos los remueve la humildad, y ya veremos la importancia que Benito le da a esta virtud). Por ese Espíritu Divino, nos recuerda Benito con palabras de San Pablo en los comienzos mismos de la Regla (RB 2), podemos llamar a Dios, "Abba", Padre; por este Espíritu somos sus hijos de adopción; por ese Espíritu gustamos las realidades de la gracia y las verdades de Dios, la *cognitio sapida* —el conocimiento sabroso—, y el gusto de las virtudes, la *delectatio virtutum* (RB 7). Todo ello, se puede añadir, vivido en profundidad por la acción de los obrero ya purificado de vicios y pecados", dice el mismo San Benito. Todo ello, se puede añadir, vivido en profundida por la acción de los dones del Espíritu, comporta para el alma experiencias tales que para ser descritas resultan prácticamente inútiles las palabras humanas.

Benito quiere que eso sea el monasterio: una familia que, como todas, necesita una base material para su normal desarrollo: una casa donde cobijarse y suficientes medios de subsistencia. Además, un Abad, el "padre del monasterio"; una distribución de oficios y tareas, y fundamentalmente, normas de vida, la Regla.

Me parece que no es bizantinismo pretender descubrir en las imágenes de Pueblo y Familia de Dios un aspecto, un aire, un talante de sencillez o, mejor, de humildad. No sería así si fueran otras las imágenes. "Empresa", "Instituto", "aristocracia", por ejemplo, no la tendrían. Es claro que me refiero a las imágenes no a los miembros de esas realidades sociales. Pues bien, no deja de llamar la atención que el capítulo más extenso de la Regla es el que San Benito dedica a la humildad. En ella resume la ascética monástica y la presenta (RB 7) como virtud general, madre y maestra de toda virtud. Es la actitud que debe tomar habitualmente el alma delante de Dios y de ella misma, delante de todo y de todos. Ella somete la voluntad de Dios y conduce el alma a la unión con El. Cuando se sabe que el Dios todopoderoso está en el centro de la

creatura humana y ésta vive en su presencia constantemente, sintiendo su radical, total y estricta dependencia, sería insensato creerse algo y atribuirse la más mínima parte de lo que somos de prestado. De ahí que la humildad es la única actitud que conviene a creaturas que todo lo reciben de la mano del Padre. Y de esa actitud surge —así debería ser— el reconocimiento y la alabanza, como dice hermosamente San Benito, *de suis bonis in nobis*, por todos los bienes que Dios depositó en nosotros, y la glorificación al Señor que se nos entrega: *operantem in se Dominum magnificant*.

Como varios otros maestros de la vida espiritual deja señalados diversos grados de ese camino o ejercicio de la humildad. Son doce los que él señala y después de ellos “el monje *llegaría a esa caridad divina*, que en su perfección, aplasta el temor”. Es como una escala, y a propósito recuerda San Benito la del sueño de Jacob. “Por la exaltación se baja y por la humildad se sube... a medida que se humilla el corazón lo va elevando el Señor hasta el cielo”. La humildad, como toda virtud, conduce a la caridad y a su vez está animada por ella. Si no fuere así la humildad corre el riesgo de ser confundida o convertirse en pusilanimidad o pequeñez de espíritu, que no constituyen ciertamente virtudes.

En síntesis, como el alma de la familia es el amor y el de un pueblo la “concordia” o “afecto social”, el alma de un monasterio, y de la Iglesia por lo demás, es la caridad, el Espíritu de Amor que anima la Iglesia y que ha sido derramado en los corazones de sus hijos.

III

He citado el Documento de Puebla un par de veces. No sólo lo hice para fundamentar algunas consideraciones sino también porque se trata de un Documento magisterial de la Iglesia *latinoamericana*. Y quiero precisamente terminar expresando el deseo de una multiplicación de monasterios benedictinos y de genuinas vocaciones monásticas en nuestro Continente. Durante largo tiempo los benedictinos no estuvieron presentes en la tarea evangelizadora del Nuevo Mundo. Felipe II consideró y dispuso que aquí no se necesitaban contemplativos; ésta era tierra para ser roturada por la vida activa. No lo juzguemos; sencillamente comprobemos que la presencia benedictina en América Latina es tardía. Pero al mismo tiempo afirmemos claramente —por lo menos así yo lo siento— que la riqueza de la dimensión contemplativa de la Iglesia no es un lujo sino una necesidad, para la Iglesia latinoamericana y para nuestros pueblos.

Qué bueno que en éstos se hiciera vida el “*ora et labora*”; qué bueno que la adoración y la alabanza de los monasterios asumieran su clamor y sus angustias, sus esfuerzos y esperanzas; qué bueno que el anhelo de San Benito: *In omnibus glorificetur Deus*, “Dios sea glorificado en todas las cosas”, se hiciera realidad visible y viva en multiplicados monasterios, reflejos puros de su espíritu, diseminados generosamente a lo largo y ancho de este entrañable Continente nuestro.